

en Bayona se reunían en congreso, convocado por Napoleón, noventa y un representantes de España, de los que las provincias habían nombrado no más de unos veinte, y que fueron llegando pocos de grado y los más por fuerza. Este congreso aprobó una constitución compuesta de ciento cuarenta y seis artículos, que no llegó á ponerse en vigor, aunque la juraron José y los diputados presentes. El mismo Rey procedió después á nombrar á los ministros, y entró en España, tomando desde Vitoria el camino de Burgos, donde había pensado detenerse para esperar el resultado de las operaciones militares ya emprendidas, antes de proseguir su viaje á Madrid.

La guerra, en efecto, había empezado y los españoles medido sus armas con los invasores cuyos jefes pusieron en movimiento sus tropas para combatir la insurrección: Duhesne en Cataluña, Bessieres en Castilla la Vieja, Lefebvre en Aragón. Dupont marchó á Andalucía; Mancey, contra Valencia. Los españoles, mal armados y faltos de organización, opusieron, sin embargo, desde los primeros momentos seria resistencia al enemigo. En Cataluña, donde se dispararon los primeros tiros en acciones de importancia, la gente de las villas congregadas al toque de somatén se cubrió de gloria abatiendo en la posición del Bruch y en Esparraguera el águila imperial. Mancey fué rechazado de Valencia, y Dupont, aunque avanzó hasta Córdoba, ciudad que entregó al furor de la soldadesca, tuvo que retroceder á Andújar, no sabiendo lo que pasaba al otro lado de los montes y aturcido con lo que de cerca veía. Los generales españoles, Cuesta, Echevarri, Palafox, Blake y otros, con algunas fuerzas militares y paisanos, que constantemente se les unían, trataban de crear núcleos de alguna importancia, capaces de presentar batallas formales á los franceses, no quebrantándose la fortaleza de nuestros compatriotas porque experimentasen descalabros, como el de Echevarry en Alcolea y el de Cuesta en Cabezón. Dado el carácter de aquella guerra, lo esencial era pelear sin tregua ni descanso, no consentir momento de reposo al enemigo, hostigarlo sin cesar en la montaña, en el llano de la ciudad, y esta obra la cumplían á maravilla. No dominaban los imperiales más terreno que el que pisaban; á su paso por los campos las gentes se ocultaban ó huían y en los pueblos eran recibidos con hosco desabrimiento, cuando no á mano armada. Experimentaban pérdidas continuas y numerosas. Mancey tuvo muchas bajas en su expedición y ataque á Valencia, y más de setecientas le costaron á Duhesne los repetidos asaltos que dió á Gecona, plaza que, no obstante tener sus fortificaciones desmanteladas y no contar sino con escasísima guarnición, consiguió merced al esforzado ánimo de sus moradores, escarmentarlo duramente y obligarle á desistir de su empeño. Con todo, no se daba aún cuenta Napoleón de la importancia del alzamiento, é imaginábase ver pronto restablecida la tranquilidad en la Península. El triunfo obtenido el catorce de Julio por Bessieres sobre Cuesta y Blake, cerca de Rioseco, confirmóle en su error. Comparó esta victoria á la de Villaviciosa en tiempo de Felipe V, y dispuso su marcha á Paris. También



El Feroz de Barral y Zúñiga

José Bonaparte decidió entonces continuar su viaje, aunque no compartía las ilusiones de su hermano, y el veinte del citado mes entraba en la capital de España, que le acogió con fría reserva. Las gratas ilusiones en que se mecía el Emperador se desvanecieron de súbito, y á la siniestra luz del rayo pudo contemplar, durante un momento, el negro abismo á cuyo borde se encontraba.

La Junta de Sevilla, arrastrada por el clamor popular, había resuelto que los españoles atacaran á Dupont, cuya posición en Andújar era comprometida, á causa de los sucesivos levantamientos. Nuestras fuerzas ascendían á algo más de veinticinco mil hombres y dos mil caballos. En consejo celebrado en Porcuna el once de Julio, se acordó el plan que había de seguirse: don Teodoro Reding, general suizo al servicio de España, debía cruzar el Guadalquivir por Menjíbar y dirigirse sobre Bailén, sosteniéndole el marqués de Coupigni, oficial de guardias walonas, elevado á mariscal de campo, y el general en jefe del ejército de Andalucía, don Francisco Javier Castaños, quedó encargado de avanzar en línea recta contra el enemigo. El día quince hubo ya algunas escaramuzas, y el diez y seis, Reding mantuvo formal combate con Dupont, que había recibido el refuerzo de la división de Vedel, no obstante lo cual cedió, retirándose hacia Bailén: desde este punto acudió en auxilio del general francés su compatriota Gober, que murió poco después de un balazo. Reding no persiguió al enemigo, sino que esperó á Coupigni: juntos entraron ambos en Bailén el día diez y ocho, y cuando se disponían á revolver sobre Andújar con intento de coger á Dupont entre dos fuegos, se tropezaron con las tropas de dicho caudillo, que iban de prisa y silenciosamente. Dupont, en efecto, había levantado su campo de Andújar con propósito semejante al de Reding, cual era acometer al jefe español de frente y por la espalda, para lo que mandó venir á Vedel y Dufour, sucesor de Gobert, quienes, después del descalabro del día diez y seis, se retiraron á la Carolina y Santa Elena. A las cuatro de la mañana del día diez y nueve, rompióse el fuego trabándose fiera batalla entre los beligerantes. No pudiendo resistir el ímpetu de los españoles, la línea francesa comenzó á flaquear en varios puntos, y Dupont, lleno de ira y temiendo que llegara Castaños se puso con los demás jefes á la cabeza de las columnas y ordenó un ataque general, pero todo su ardimiento y empuje se estrellaron ante la firmeza de los nuestros, la inalterable serenidad de Reding y la atinada dirección del mayor Abadía. Oyó Dupont con espanto el estampido del cañón á sus espaldas anunciando que se aproximaban nuevas tropas españolas, y muertos Dupré y otros oficiales superiores, tendidos en el campo más de dos mil de los suyos, pasados á nuestras filas los suizos que le acompañaban, herido él mismo, pidió una suspensión de armas, que Reding aceptó. Cuando se estaba negociando el armisticio presentóse Vedel atraído por el cañoneo y, no respetando lo pactado, se lanzó sobre la derecha española, consiguiendo al principio algunas ventajas á causa de estar aquella desprevenida; mas una orden escrita de Dupont le hizo parar las hostilidades.